

Para un lector común y corriente —como yo—, la aproximación a Gabriela Mistral trae a la mente, en primer término, la identidad con la poesía y, en seguida, la figura de la educadora. También surgen instantáneos, por cierto, el recuerdo del Nobel y de su nacimiento en Chile.

Poeta, educadora, laureada y chilena son entonces los nortes que permiten definir y entender a esta mujer admirable, aunque ella, como alguna vez dijo, sólo reconocía dos puntos cardinales: "Monte grande y el Mayab".

Poco se imagina y menos sabe —ese lector común y corriente— de las inquietudes, ideas, convicciones y escritos políticos de Gabriela Mistral. Habrá quien imagine que no existieron, o que, existiendo, no se manifestaron; o que, existentes y manifestados, poco añaden a la estatura literaria y humana que la escritora llegó a alcanzar. Después de todo ¿está tan a la moda considerar difuntas a las ideas políticas y, aún más, despreciar la actividad política?

Empero, para sus biógrafos —a quienes, desde luego, no cabe considerar lectores comunes y corrientes—, las actitudes y acciones políticas que jalonan la vida de Gabriela Mistral no han sido un secreto. Tampoco las han subestimado.

Uno de los más informados e incisivos, Volodia Teitelboim, las saca a luz casi página tras página, en las trescientas y más de su *Gabriela Mistral, pública y secreta*, espigando hechos y reacciones significativos y reveladores: desde las "lecturas inconvenientes", que provocaron la interrupción de sus estudios normalistas, hasta las significativas palabras y silencios de su conversación con Harry Truman, pasando por el conmovedor episodio del prófugo de Ushuaia, por ella refugiado en la escuela para niñas de Punta Arenas. El cúmulo de actitudes, acciones y escritos políticos de Gabriela Mistral le dictan a este biógrafo admirado la siguiente apreciación:

Fue una revolucionaria personalísima. Expresaba su opinión muchas veces a gritos, sin eufemismos, recurriendo al adjetivo grueso, que aplicaba a los que cargan culpas sin atenuantes. No le cuesta nada recurrir a la palabra "horror". Salta ella con frecuencia de sus labios mirando la indigencia de la mayoría, que ensombrece la luz de la vida desde México hasta Chile. Se siente también responsable.

Y, al llegar a los párrafos finales de su indispensable escrito, Teitelboim remacha:

Se trata, en rigor, de una mujer que no cuidó mucho el equilibrio. La poesía el furor de la palabra y del sentimiento. Luchaba por causas que la mayoría consideraba perdidas y no eran puramente literarias. Pecaba por lo que algunos estimaban el insolente mal gusto del pronunciamiento cívico. Lo graficó —uno más— en la paradoja iconoclasta de la "Palabra maldita". A menudo la suya lo fue. Porque no podía ni quería ocultar su rebeldía. Y no era una descontenta simplista sino complicada (...) Depositaria de un sueño, de una preocupación, que no era meramente individual, escribió en vida un epitafio que no está grabado en su tumba: "No callaré. No olvidaré. No perdonaré".



Gabriela Mistral: la mirada política

JORGE EDUARDO NAVARRETE

Incluso sin acudir a la biografía o a la anécdota, la lectura misma de la obra de la poetisa y el repaso de su labor educativa deberían bastar para alertar incluso al más desprevenido de los lectores comunes y corrientes, sobre sus inquietudes sociales y políticas: ambas serían imposibles sin el sustento que les brindan la preocupación, los ideales y las convicciones y el valor, el coraje para expresarlas derechamente.

En México, uno de sus amigos y corresponsales más fieles, Alfonso Reyes —a quien alguna vez postulara para el Nobel, ya por ella recibido—, advierte:

Gabriela es un índice sumo del pensamiento y del sentimientos americanos. En ella se da la ira profética contra los horrores amontonados por la historia, se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano que traza en el aire los pasos mágicos, a cuyo prestigio relampaguea la visión de un mundo más justo (...) ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón?

Cabe preguntarse de dónde surgen las preocupaciones y la conciencia políticas de Gabriela Mistral. Sobre la vena poética no parece haber duda. En su prólogo a la *Poesía y prosa* que reunió para la Bibliote-

ca Ayacucho, Jaime Quezada afirma que proviene de su padre, "un profesor que sabía su latín y su dibujo decorativo, que tocaba guitarra y componía versos".

¿Pero, la social y política? Volodia Teitelboim piensa que surge, quizá, en Punta Arenas, al enfrentarse a la evidencia de los extremos de la desigualdad social y narra, para demostrarlo, hechos reveladores: el imposible milagro de la multiplicación de los juguetes, la ropa, las golosinas y los zapatos para los niños en la navidad de 1919; la evidencia de la tacañería gubernamental en la asignación de recursos para las escuelas, en contraste con la abundancia de los destinados a otras instituciones, como los cuarteles; el episodio, ya evocado, del refugio que en la escuela brindó al fugitivo de Ushuaia...

Pero quizás antes, en la adolescencia, tan temprano en su vida como en 1905, cuando, no sólo ciertas lecturas, sino algunos primeros escritos publicados en la

prensa de La Serena le cierran las puertas de la Escuela Normal y cuando su labor de alfabetizadora la pone en contacto con la vida de obreros y campesinos, como muestra la puntual cronología compilada por Jaime Quezada.

Recuérdese, en fin, que más tarde ella misma llegó a decir: "Soy, antes que todo, obrerista y amiga de los campesinos; jamás he renegado de mi adhesión al pueblo y mi conciencia social es cada día más viva".

Pero aun sin acudir a la biografía o a la anécdota, la lectura misma de su obra poética y el repaso de su labor educativa deberían bastar para alertar incluso al más desprevenido de los lectores comunes y corrientes: ambas serían imposibles sin el sustento que les brindan la preocupación, los ideales y las convicciones políticas y el valor, el coraje para expresarlas derechamente, en todos los momentos, episodios y ámbitos del interminable itinerario de esa viajera incansable que fue Gabriela Mistral.

Dispersas en muy numerosos escritos breves —la conferencia, el discurso, el artículo o gaceta periodística y la carta, preferentemente—, esas preocupaciones, ideales y convicciones se manifiestan con vigor inusitado a lo largo de sus seis decenios de vida activa. ¡Empezó a escribir y a enseñar tan joven!

Por ello, el primer mérito que deseo resaltar en la antología de *Gabriela Mistral. Escritos políticos* que Jaime Quezada nos entrega ahora es, quizá, el más evidente: reunir y dar accesibilidad a escritos poco conocidos y dispersos, seleccionados desde el ángulo de la intencionalidad política que motivó su escritura.

Los escritos periodísticos de Gabriela Mistral —cuya confección a veces obedeció, como ella misma confiesa, a apremios pecuniarios— habían sido escogidos anteriormente con otros criterios de agrupa-

miento. Algunos ejemplos:

En 1979, Alfonso Calderón juntó, en *Croquis mexicanos* —libro cuyo conocimiento debo a la generosidad de Luis y Marcela Maira—, tres docenas de breves textos referidos a temas, lugares, asuntos o personajes de México. Algunos de estos escritos tienen intención política; otros, literaria; otros más, educativa o divulgadora. Hay en todos reconocimiento y amistad generosa, pero en ninguno se usa —como advierte Calderón al prologarlos— “el tono falso del halago, sino el rigor expresivo cuyo sello es la verdad”.

Nos recuerda también que cuando “lo mejor de Chile estuvo en México” —como dijera José Vasconcelos—, Gabriela Mistral “no se encerró en oficina, sino que prefirió ir del libro a las personas; del paisaje al cuadro, pidiendo oír, oler, ver, preguntar, ver, dar nombre y usar la comparación con curiosidad interminable”. Esto explica la variedad, alcance y profundidad de sus admirables prosas mexicanas.

Más recientemente, en ocasión del centenario de la escritora, el Fondo de Cultura Económica publicó, en México, *Invitación a Gabriela Mistral (1889—1989)*, selección de poesía y prosa —precedida por once viñetas sobre diversas facetas de la personalidad de la escritora— de Gladys Rodríguez Valdés. Se incluyen quince prosas, referidas casi todas ellas a temas mexicanos, algunas de intencionalidad política muy clara. Gladys Rodríguez recuerda en una de sus viñetas que la escritora “no fue adherente de ningún partido político; no obstante, jamás prestó su pluma a quienes pretendían violar la libertad. Ello le valió el olvido de muchos connacionales y la mirada sesgada de otros escritores que veían en ella una fuerza capaz de avergonzarlos”.

El propio Jaime Quezada, en la ya mencionada recopilación para la Biblioteca Ayacucho, recogió tres tipos de prosas: los “elogios”, los “motivos” y los “recados”, distinguiendo, entre estos últimos, los dirigidos a escritores conocidos o admirados y los evocatorios de héroes y mártires.

Al prologar este conjunto, Quezada examina la orientación política de algunos textos en términos similares a los que emplea en la selección de *Escritos políticos*. Nos dice Quezada que Gabriela Mistral tuvo, en lo político, tres preocupaciones permanentes: “el problema agrario, el asunto indígena, la cuestión social”. Le concernían también, muy cercanamente, la condición de la mujer y la educación.

Esta categorización había sido planteada, en forma más desahogada, pero en lo esencial coincidente, por Fernando Alegria, quien señala —en su *Genio y figura de Gabriela Mistral*— que la preocupación por el asunto indígena se extiende a otras minorías o grupos, disminuidos por razones étnicas, económicas, sociales o culturales, especialmente las mujeres y los niños; así como que su temática social abarca claras y permanentes expresiones antitotalitarias y pacifistas. Permea además la obra mistraliana una esclarecida posición americanista.

Se encuentran, en los *Escritos*

políticos ejemplos transparentes de las tres principales vertientes de las preocupaciones políticas de Gabriela Mistral enumeradas por Jaime Quezada. Aludiré brevemente a unos cuantos.

El “problema agrario” —del que Gabriela Mistral escribió, sobre todo, en los años 20 y 30— es el problema del latifundio, del propietario ausentista y de la urgente necesidad de la reforma agraria. Vio el afán distributivo e igualitario del reparto de tierras en el México de los 20 y quiso ver algo similar en su Chile y en

la trabaja— sigue teniendo validez, aunque bien sepamos que es mucho más lo que se necesita —en términos de organización, tecnología, créditos y mercados— para que la producción agrícola sustente en el campo niveles materiales de vida dignos y suficientes.

Junto con la preocupación agraria, en los escritos políticos de Gabriela Mistral aparece como una constante —expresada casi siempre como una doliente, desgarradora, intolerable herida— el “asunto indígena”. Nada conmueve ni indigna

poco de efectivo —casi nada— que se ha hecho por los indios de América en el siglo y medio de vida independiente que le correspondió juzgar.

En este continente, las políticas hacia los indios han oscilado entre el exterminio y el paternalismo. Uno suprime físicamente; otro suprime espiritualmente. En medio de estos extremos han estado la indiferencia excluyente, que relega y perpetúa las injusticias, y los intentos de asimilación, sin duda bien intencionados, pero que niegan las identidades de las etnias y pretenden forzarlas a ser como los demás: los mestizos y los criollos; los ladinos o los blancos, pero que no les permiten ser —y florecer— como ellas mismas son.

¿Cómo sorprendernos, en estas condiciones, de las revueltas indígenas, en la Araucanía de la Colonia y del XIX o en los Altos de Chiapas hoy?

Leer y releer lo que Gabriela Mistral escribió, en diversos momentos y lugares, sobre los indios de América nos enfrenta —en este fin de siglo— a la más postergada de nuestras exigencias y a la más urgente de nuestras deudas: la que tenemos con esa mitad de nosotros mismos, que tanto contribuye a explicar lo mejor que hemos logrado hacer y lo más valioso que hemos llegado a ser: la mitad india.

Finalmente, el problema agrario y el asunto indígena, confluyen, en los escritos políticos de Gabriela Mistral, en la “cuestión social”, que ella aborda por lo general desde el prisma de la desigualdad, de la injusticia, que —como dijo célebremente— “hace tanto bulto en el continente como la cordillera”.

Así, en un texto publicado en La Habana en 1939, plantea el más actual y vigente de sus reclamos políticos. Exige a las mujeres de América repudiar “todo programa que no consulte una corrección corajuda de la miseria que mancha nuestro suelo”. Los hombres haríamos bien en escuchar este consejo.

En efecto, el escándalo de la desigualdad es el gran problema no resuelto de los esquemas modernizadores de gestión y reforma económicas que se aplican ahora en la mayor parte de nuestros países. Si no se le enfrenta de manera efectiva y decidida, nada de lo logrado prevalecerá. La desigualdad compromete la viabilidad del conjunto del proyecto de reforma en que los latinoamericanos estamos empeñados.

Desde su humilde, profunda sabiduría de maestra rural, Gabriela Mistral sabía, hace muchos años, que es vano y cruel cualquier proyecto que no tenga como norte la justicia social —concepto ajeno a la libre operación del mercado—.

Quiero terminar agradeciendo a Jaime Quezada el habernos facilitado —con su cuidada y amorosa compilación, con su profundo conocimiento de la obra mistraliana, con sus acertadas acotaciones y comentarios— el acercamiento a esta Gabriela Mistral política, casi insospechada para el lector común y corriente que ha escrito aquí.

Jorge Eduardo Navarrete es embajador de México en Chile. El texto corresponde a la presentación que hizo del libro *Gabriela Mistral. Escritos políticos*, de Jaime Quezada, editado por el Fondo de Cultura Económica.

El problema agrario y el asunto indígena, confluyen, en los escritos políticos de Gabriela Mistral, en la “cuestión social”, que ella aborda por lo general desde el prisma de la desigualdad, de la injusticia que, como dijo célebremente, “hace tanto bulto en el continente como la cordillera”.

otras partes. Le lastimaban la indefensión, la miseria y el envilecimiento de la campesinería sin tierra. Creyó que el reparto agrario las aliviaría. Sin duda comprendió que el problema era, en realidad, más complejo, pero intuyó que para resolverlo se requería un primer impulso justiciero —necesario, aunque no suficiente—: distribuir la tierra. Esta proclama elemental —que la tierra sea de quien

tanto a la escritora como la secular victimización de los grupos indígenas, a lo largo y ancho de América Latina. Esta preocupación reviste, y casi resulta ocioso subrayarlo, una extremada actualidad.

Gabriela Mistral no comprende —por que lo incomprensible es difícil de comprender— y denuncia sin ambages —con una dureza de expresión que revela el tamaño de su indignación, de su ira— lo

BENITO REBOLLEDO: NIÑO COMIENDO UVAS

